



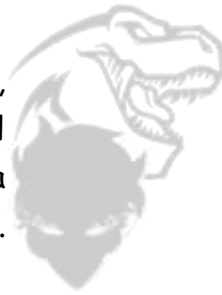
Capítulo 265 - Perdóname...

Vergil permaneció inmóvil ante el inmenso dragón esquelético, entrecerrando los ojos al sentir la energía aún latiendo, aunque débil, en lo profundo de los huesos del monstruo. El aire a su alrededor parecía impregnar una sensación de anticipación, como si el lugar mismo estuviera esperando algo.

De repente, el silencio se rompió.

Un profundo crujido resonó en el aire.

Vergil miró al dragón. La energía, que antes había sido débil e informe, comenzó a concentrarse, condensándose en un punto focal en el centro del cráneo destrozado. El aire se volvió más denso y los huesos comenzaron a crujir, como si una fuerza invisible estuviera recomponiendo las partes rotas.



Sintió que la presión se intensificaba.

La mandíbula del dragón se movió lentamente y su enorme cabeza se alzó, girando con una fuerza sobrenatural. Las costillas, antes dispersas y rotas, comenzaron a alinearse, reconectando con el resto del esqueleto.

El sonido era como el crujido de un metal retorcido, pero lleno de una fuerza primordial, como si el mundo mismo se estuviera doblando para acomodar al monstruo.

Vergil permaneció inmóvil, con la mirada fija en los ojos enojados del dragón, que brillaban con una intensa luz púrpura, como si cada gema reflejara un alma perdida, una energía profana.

El cuerpo del dragón se alzó lentamente, sus enormes garras clavándose en el suelo mientras los huesos se reconstruían de una forma que desafiaba la lógica. Cada fragmento se reconectaba con precisión, imbuido de una energía oscura que parecía alimentarse de la muerte y del vacío mismo.

La boca del dragón se abrió, revelando enormes colmillos, y de su garganta surgió un rugido gutural, lleno de poder y furia. Era como si el mismo sonido rompiera las leyes de la naturaleza, resonando en lo más profundo del alma de quien lo oyera.

Virgilio simplemente observó con calma.

El dragón, ahora completamente revivido, se alzaba en toda su grandeza, con su imponente presencia, y la energía oscura que irradiaba de su cuerpo. Se movió un instante, poniendo a prueba su propia fuerza, antes de concentrarse por completo en Vergil, como si lo reconociera como un desafío.



La criatura inclinó la cabeza, como si intentara comprender al ser que se atrevía a pararse ante su majestad.

Vergil no retrocedió. No había miedo ni vacilación. Observó a la criatura con fría calma, como si simplemente apreciara la manifestación de su fuerza.

—Así que volviste a la vida —murmuró Vergil, con la mirada fija en la colosal figura que tenía delante—. Una reencarnación hecha por la propia muerte... ¿Eres la mascota de aquel al que maté? —preguntó con silenciosa curiosidad, sin moverse, sin mostrar el más mínimo miedo—. Ashborne, eh... Debo admitir que estaba lleno de sorpresas.

El dragón esquelético emitió un rugido gutural, más amenazante que antes, que reverberó contra las paredes con tanta fuerza que el suelo pareció



temblar. Su cola se alzó, impactando contra el suelo con tal fuerza que las piedras a su alrededor parecieron hacerse añicos. La energía que emanaba del monstruo era opresiva, pero Vergil, indiferente, permaneció en su posición. La presión a su alrededor aumentó, pero sintió más curiosidad por la energía que por cualquier otra cosa.

El dragón, ahora plenamente revitalizado, miró a Vergil con una intensidad impresionante. El aire parecía distorsionarse a su alrededor, y la tensión era palpable, como si el tiempo mismo se hubiera ralentizado.

Vergil no se movió. No había ni rastro de miedo en su expresión. De hecho, estaba aburrido; no del dragón, sino de la idea de luchar. Para él, lo único que importaba allí era el poder, la energía de la muerte, que fluía por el aire como una promesa seductora. Eso era lo que lo atraía, no el dragón ni nada más.

"Mataste al Rey", resonó la voz del dragón, distorsionada y profunda, mezclándose con millones de otras, resonando por todo el entorno. "Mataste a mi Rey", repitió con un tono que rozaba la furia.



Vergil arqueó una ceja, con un tono tan despreocupado como siempre. "Ah, sí. Lo maté. ¿Tienes algún problema?" Se tranquilizó, como si la enormidad de lo que sucedía a su alrededor le resultara completamente indiferente. No estaba allí para luchar. No estaba allí para intimidar. A Vergil simplemente le daba igual.

Envainó a Yamato con un movimiento fluido y, sin prisa, se sentó en el frío suelo, con las piernas cruzadas, como en una meditación serena, completamente ajeno a la monstruosa presencia que tenía ante él. Miró al dragón, no con miedo, sino con calculada paciencia.

"Solo me interesa una cosa aquí, y no eres tú ni tu 'Rey'. Solo eres un peón en algo mucho más grande", murmuró Vergil, con un desinterés implacable en los

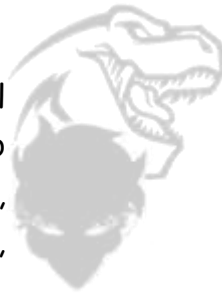


ojos. "Muéstrame lo que este lugar ofrece. Si la muerte me trajo aquí, entonces... es la muerte lo que me interesa".

El dragón, impaciente ante la indiferencia de Vergil, no dudó. Levantó su monstruosa cabeza, con los ojos brillando con una luz amenazante. La oscuridad a su alrededor se intensificó, y entonces lanzó una mirada mortal hacia Vergil, como si su simple mirada bastara para destrozar a cualquiera que se le pusiera por delante.

Pero antes de que el dragón pudiera dar el primer paso, Vergil extendió la mano con un movimiento casi imperceptible. Al instante siguiente, una serie de cuchillas de viento invisibles cortaron el aire. El dragón, aún con la mirada fija en Vergil, fue destrozado repentinamente, su cuerpo esquelético partido por la mitad como si fuera de papel, una serie de cortes precisos y letales.

"Ah, esta técnica que le robé a Stella es realmente buena", comentó Vergil con calma, observando la destrucción con indiferencia. Las cuchillas de viento continuaron cortando la carne y los huesos del dragón, hasta que, finalmente, el monstruo se desintegró en una pila de cubos flotantes de hueso y sombra, esparcidos por el suelo de mármol.



Vergil observó al dragón destruido por un instante, con expresión impasible. No había rastro de esfuerzo en sus movimientos, y la técnica, aunque simple, tenía un poder devastador. Se reclinó ligeramente, como si lo hiciera por pura conveniencia, y observó cómo las piezas del dragón se reorganizaban, el monstruo comenzaba a regenerarse y el esqueleto se recomponía.

"Interesante", murmuró Vergil sin prisa. Observó cómo el dragón recuperaba su forma, cómo el esqueleto se alzaba de nuevo, cómo los huesos volvían a su sitio y cómo la energía oscura comenzaba a latir a su alrededor, como si la muerte y la vida se entrelazaran en la esencia misma del dragón.



"Puedes regenerarte, ¿eh?... ¿Pero puedes mantener esa forma por mucho tiempo?", preguntó Vergil, con la mirada fija en la transformación del dragón. La regeneración era una habilidad notable, pero Vergil no estaba impresionado. Para él, esto era solo otra pieza del rompecabezas, una pequeña distracción hasta que consiguiera lo que realmente deseaba: el poder que emanaba de ese lugar.

El dragón, ahora completamente regenerado, se irguió de nuevo, su esqueleto brillando con un aura de sombra negra. Rugió, un sonido ensordecedor que reverberó por toda la sala, y sus afiladas garras se clavaron en el suelo preparándose para atacar. Su furia era palpable; la energía negativa en su cuerpo causaba grietas en el mármol bajo él. Sin embargo, Vergil no se movió.

Con las manos aún en los bolsillos, permaneció sentado, imperturbable, observando al dragón con una frialdad inusual. El monstruo avanzó hacia él, abriendo su enorme boca en un grito de destrucción, pero Vergil ni siquiera parpadeó.

"¿De verdad crees que soy tan tonto como para dejarme intimidar por una criatura tan... primitiva?", dijo Vergil con calma, su voz como una cuchilla afilada cortando el aire. La verdad era que ni siquiera le importaba la amenaza del dragón. Para él, era solo otra manifestación de ira insensata, una estratagema de un ser débil que intentaba imponerse.

El dragón, furioso, atacó de todas las maneras posibles. Disparó ráfagas de energía oscura, cortó con sus afiladas garras e incluso intentó aplastar a Vergil con su enorme cola. Pero Vergil ignoró cualquier movimiento, cualquier intento de ataque. Esquivó con la gracia de un depredador, mientras la fuerza de un monstruo como el dragón se disipaba ante la tranquilidad de Vergil.

Y así, Vergil continuó sentado, con total control de la situación, observando cómo el dragón forcejeaba en vano. Casi parecía aburrido, como si el dragón fuera solo un niño haciendo un berrinche, intentando llamar la atención.





Con cada ataque fallido, el dragón empezó a notar la diferencia de poder entre ellos. Rugió de nuevo, pero ahora había algo diferente en su sonido. Una nota de duda, una ligera tensión en su voz, como si empezara a cuestionar su propia fuerza.

Vergil observó esto con una sutil sonrisa. "¿Aún crees que puedes vencerme? ¿Aún crees que una criatura como tú tiene lo necesario para enfrentarme?" Se levantó lentamente, sin prisa, caminando con calma hacia el dragón, que ya empezaba a dudar, su confianza flaqueando a cada paso que daba Vergil.

El dragón, ahora exhausto, miró a Vergil con ojos que brillaban de rabia y miedo. Pero a medida que Vergil se acercaba, su propia energía parecía disiparse. Su regeneración estaba fallando; la energía negra que una vez llenó su cuerpo comenzaba a flaquear, como si algo le estuviera drenando la vida. Intentó retroceder, pero sus propios huesos comenzaron a temblar; las fuerzas que una vez lo sostuvieron comenzaron a desmoronarse.

Vergil se detuvo ante él, con la mirada fría y calculadora fija en el monstruo. Puso la mano sobre el hombro del dragón, y su energía comenzó a revertirse, siendo absorbida directamente por Vergil como si el propio ser se deshiciera ante él.

El dragón, antaño una fuerza indomable, ahora estaba de rodillas, cabizbajo, con la energía menguando a cada segundo. La expresión de su rostro era de puro terror, como si finalmente comprendiera que su existencia estaba completamente en manos de Vergil.

El dragón, completamente destrozado, miró a Vergil con una mirada llena de pavor. El orgullo que una vez tuvo como criatura poderosa se había desmoronado en un instante; su enorme forma esquelética ahora estaba llena de grietas y defectos. Su respiración agitada resonaba en el silencio de la





habitación, y fue cuando Vergil se inclinó sutilmente, mirando fijamente al monstruo, que habló con una sonrisa cruel en los labios.

—Ahora vas a suplicar clemencia, ¿verdad? Después de todo, la muerte no es tan grandiosa como creías, ¿verdad? —dijo Vergil con tono burlón, su voz resonando como una sentencia final.

Y entonces, el dragón, por primera vez en su existencia inmortal, se postró ante Virgilio. Su enorme cabeza golpeó el suelo con un golpe sordo. El miedo era evidente en su postura, y el monstruo, que una vez se creyó invencible, ahora estaba completamente sumiso.

"Perdóname...", murmuró el dragón con la voz entrecortada y llena de terror, como si el mismísimo infierno estuviera a punto de consumir su alma. "Perdóname, amo... por todo..."

Yacía en el suelo, suplicando... "Ah, sí, un poco de respeto", dijo Vergil al levantarse. "Ahora, empieza a hablar antes de que te mate", ordenó Vergil, y el dragón empezó a encogerse...

